

14.ª DIVISIÓN

SEMANARIO DEL FRENTE

AÑO I

NÚM. 5



¡¡ ASESINOS !!

Ayuntamiento de Madrid

RUMBOS DE SACRIFICIO



¡Hermanos de lucha!

Vosotros que habéis sentido en vuestra carne los zarpazos de la opresión y de la injusticia, y que ahora lucháis por que de los campos de España desaparezca para siempre la dominación cruel e inhumana de los plutócratas que se enriquecieron a costa de vuestro esfuerzo, tenéis que superar una vez más el paso angosto del sacrificio y tenéis que doblar con ánimo tenso y sereno las cumbres aceradas del dolor.

Ante vuestros fusiles tenéis al enemigo duro que, agazapado en las trincheras que el egoísmo y la crueldad supieron construir refinadamente, acecha la menor debilidad, el menor síntoma de discordia, para lanzarse al asalto de los parapetos de la Libertad.

A vuestras espaldas un pueblo anhelante sigue con mirada fija y confiada la gesta heroica que estáis edificando a costa de tanta sangre y de tanto heroísmo. En sus bocas se adivina el rictus doloroso que vuestro sacrificio les causa y en sus ojos se lee la alegría de vuestras victorias.

Esas dos palancas son las de vuestro triunfo: el deseo de hundir para siempre en la nada a los que siempre os tiranizaron; el ansia de levantar a la cima radiante de la Libertad a los

que nunca gozaron de ella y que en vosotros tienen a sus únicos valedores. Esas dos posiciones os hablan de ataque y de defensa. De ataque a lo caduco, a lo ruin, a la que siempre vivió a costa de vuestro esfuerzo. Defensa a muerte de lo que es garantía de un futuro radiante de Libertad y de paz.

Esas dos fuerzas, el deseo de vencer y el deseo de defender lo que os es tan querido, son las dos cunetas que os marcan el camino a seguir. Camino doloroso, cubierto de abrojos en los que dejaréis jirones de vuestra carne. Rumbos de sacrificio en los que más de una vez se agarrotará, herida en sus fibras más íntimas, la sensibilidad de vuestros nervios.

Pero son caminos dolorosos, son rumbos de sacrificio, que conducen a la meta segura y anhelada de la paz y de la Libertad de todos vuestros hermanos.

¡Hijos del pueblo! ¡Hermanos de lucha!

Con espíritu tenso grabad en vuestras frentes una sola intención, un único deseo: ADELANTE.

¡Por la Victoria del Pueblo! ¡Por el triunfo de la Libertad!

El Comisario de la División,

M. VALLE.

La moral de la vanguardia, está en relación directa con el alto espíritu de sacrificio que presida en la retaguardia. Y mirando este enunciado con los gemelos del revés, en el espejo de unanimidad perfecta que se advierte en los frentes, donde, todos los soldados, son uno mismo para defender la causa del pueblo, deben mirarse cuidadosamente, los que lejos de los frentes, conjugan estérilmente la palabra política. Estos, deben tener presente en todo momento, para la hora de ajustar cuentas, en que no puede sin la debida contestación, la pregunta que los defensores de la libertad, traeran a flor de labios, cuando se termine la guerra: ¿Qué has hecho tú en la retaguardia, en tanto enfilábamos nuestros pechos frente al enemigo común? Contesta: Y en la contestación que se le dé, estará el eje de nuestra victoria definitiva.

A los hermanos de la retaguardia

Resulta doloroso y triste para quienes luchamos en las trincheras volver los ojos hacia la retaguardia. Surgen en ella sin cesar problemas y conflictos cuya génesis y alcance no acabamos de comprender quienes nos jugamos a diario la vida frente a las hordas italianas o teutonas. Un buen ejemplo, lamentable en extremo, son los recientes sucesos de Barcelona. Otro—las derivaciones del cual no somos los llamados a precisar—una crisis incomprensible, con una solución menos comprensible aún. No vamos a entrar en un análisis detallado de los hechos.

No vamos a opinar en forma partidista sobre sus consecuencias. Nosotros no tenemos que hacer nada de esto. Nosotros tenemos como obligación primordial e inexcusable batir al fascismo y no inmiscuirnos en querellas políticas de ningún género. Pero sin entrar en un examen analítico de los acontecimientos, sí podemos expresar la tristeza que nos producen. La retaguardia, por desgracia para todos, sigue sin colocarse a la misma altura que la vanguardia. Mientras nosotros peleamos hay muchos—; cómo si en España no hubiera pasado nada desde el 19 de julio a la fecha!—que se entretienen en perjudiciales y estériles maniobras políticas del más viejo y repugnante de los estilos.

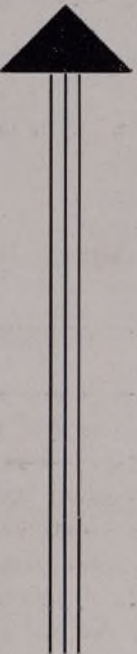
Aquí, en la vanguardia, no hay divergencias, conflictos, ni discrepancias. La proximidad del peligro nos une estrechamente a todos. Entre nosotros, como dijo muy bien en repetidas ocasiones nuestro camarada y jefe Cipriano Mera, no hay anarquistas, socialistas o republicanos. Entre nosotros no hay más que antifascistas convencidos, hombres de corazón esforzado, que pelean y triunfan guiados por un noble ideal. Si, por una estupidez suicida, fructificaran entre nosotros las mismas ansias partidistas que a veces afloran en la retaguardia, prestaríamos al fascismo el mejor de todos los favores. Le pondríamos en las manos la mitad de la victoria. Le facilitaríamos extraordinariamente el camino de su triunfo. Por fortuna, nosotros no hacemos nada de esto. Nosotros conservamos la serenidad y sabemos que el mayor

enemigo, el único que puede preocuparnos por el momento, está al otro lado de las trincheras. Nosotros, todos nosotros formando indestructible haz, somos la muralla de corazones que cierra el camino al fascismo y el bosque de bayonetas que aplastará todas las ilusiones dominadoras de los dictadores europeos. En nuestro espejo debiera mirarse la retaguardia. A nosotros debiera imitarnos, en lugar de cubrirnos con elogios verbalistas. La admiración que por nosotros dicen sentir, se exteriorizaría mejor trabajando sin descanso y realizando la transformación social anhelada, que sembrando el desconcierto y la alarma con sus rivalidades y pugnas.

Hay lejos de las trincheras un exceso de preocupaciones de tipo político, de esa política que creímos enterrar para siempre cuando el 19 de julio nos lanzábamos a pecho descubierto al asalto de los reductos fascistas. Cualquier asunto sirve para especular sobre él. Se especula, a veces, incluso con nuestro heroísmo y con nuestras victorias. Creíamos que nadie podría hacerlo. Sin embargo se hace. Y no como quisiéramos nosotros para secundar nuestra obra, sino para pretender explotarla en beneficio de éstos o aquéllos, sin tener en cuenta que ni la guerra ha terminado aún, ni la victoria nos pertenece todavía de una manera definitiva.

Quisiéramos nosotros que nuestras palabras serenas y sensatas, llenas de responsabilidad, fueran oídas por los hermanos de la retaguardia. A ninguno de nosotros convienen las rencillas, los recelos ni las hostilidades entre camaradas. A todos nos perjudican por igual. Juntos emprendimos diez meses atrás una gigantesca tarea. Juntos debemos continuar todos hasta darle cima de una forma satisfactoria y triunfal. La separación, el enfrentamiento, podrá convenir al fascismo. Para nosotros, para todos nosotros, para los que soñamos con una revolución renovadora en una España independiente, grande y feliz, las rencillas pueden ser una puñalada mortal en el corazón de nuestras más floridas ilusiones.

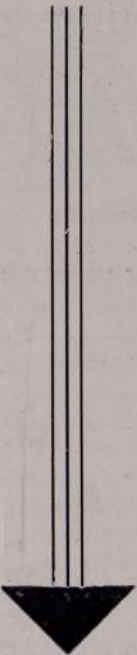
AL CALOR DE SU LLAMA...



Ya se oye el ronco piafar de los corceles,
ya bélico resuena un claro cornetín,
los proletarios luchan, persiguen los laureles
para adornar con ansia un rojo banderín.

No luchan por conquistas estos bravos cadetes,
ni lo hacen por sus reyes, ni luchan por la cruz
en lugar de banderas tan apuestos jinetes
defienden una idea que toda ella es de luz.

Ella alumbra sus frentes, y su valor inflama,
sus pechos enciende y ayuda a luchar,
y al calor de sus ansias el calor de su llama,
se une y les hace de Europa admirar
del valor y la gloria cubriendo la gama
con trémolos áureos nerviosos vibrar.



La muerte de Durruti

I

MADRID EN PELIGRO

En los frentes de Aragón se libraba gran batalla cuando llegó la noticia de que a Madrid se acercaban cinco ejércitos rebeldes con las más modernas armas: tanques y ametralladoras, morteros que a gran distancia batirían la ciudad, Junkers, Capronis... (El Papa promete su bendición para mayor eficacia.)

Buenaventura Durruti, que en Aragón peleaba, cuando supo estas noticias así habló a su gente brava: —¡Compañeros! Hay que ir a la capital de España, donde el fascismo pretende clavar su sangrienta zarpa. En Castilla nos jugamos una decisiva carta de esta dura guerra a muerte que tenemos entablada. Vayamos, pues, a Castilla, vamos pronto, camaradas, que se para todo el cuerpo cuando el corazón se para, y ya sabéis que Madrid es el corazón de España.

II

DURRUTI EN MADRID

Buenaventura Durruti, pelo en pecho, dura barba, con sus hombres más valientes va por tierras castellanas.

Sus ojos llevan el mar hasta las llanuras pardas —abrazo para Castilla de Cataluña, su hermana—.

Los vientos de la meseta soplan gentiles. Abrasan de ardor que nació en la nieve y que afiló la distancia los pechos de sí encendidos de las tropas catalanas.

Empujado por el viento y empujado por sus ansias llegó Durruti a Madrid con el clarear de un alba.

—¡Quién dijera, Manzanares, pequeño río sin agua, que tu cauce había de ser nuestro límite con África! Que si tu orilla derecha pisan Franco y su canalla, la que de Marruecos vino al son de promesas falsas, de tu izquierda brota, viva, fresca y ardiente la savia, templada ya en el combate, de la verdadera España, la de los trabajadores

que no reconocen castas. Te prometo, Manzanares, que lo que te falta en agua lo llenará el rojinegro de mi sangre libertaria, antes que ver por Madrid a las turbas africanas.

III

LA MUERTE

Madrid. Mediado noviembre. Era un llover de metralla.

¿Cúya será la garganta que siegues, Muerte? ¡Responde! —(Una voz el aire rasga)

—Quiero a quien me desafía con su pecho y su arrogancia. Busco a quien vino a buscarme de tan lejos. Mi guadaña... —Pero dime, Muerte, dime su nombre, Muerte, ¿se llama...? —¡Durruti...!

Se pasma el viento. Por todo el ámbito vaga, hielo flotando en el aire,



Del tejado a los cimientos se estremecían las casas. Si no granizos, cristales a la lluvia acompañaban. El cielo, todo una nube gris, densa, más densa, baja. La luz, el relampagueo del cañón...

Se peleaba. Y la Muerte, ciega en ira, volando de casa en casa. —¿A quién buscas, compañera?

el nombre del camarada.

Buenaventura Durruti, pelo en pecho, dura barba, por los frentes de Madrid, con toda su gente brava, citando a muerte a la Muerte, citándola cara a cara.

(La Muerte, como una sombra, le rondaba, le rondaba.)

—¡Compañeros! ¡Al ataque! ¡La bayoneta calada! ¡Que no quede vivo un moro!

¡Que se acreciente la fama nuestra con este combate! ¡Que no puedan superarla los más valientes del mundo!

(Paso a paso se acercaba muda, la Muerte a Durruti.)

Los catalanes avanzan. Locas, a los cuatro vientos silban y silban las balas que, perdidas, blanco encuentran, por azar, y en él se clavan. Uno de estos proyectiles detiene en seco la marcha de todos los catalanes. Cunde el espanto. ¿Qué pasa? Nadie sabe ni responde.

Pelo en pecho, dura barba, Buenaventura Durruti, el que a la Muerte citara, abrazado con la Muerte, yerto, en el campo quedaba.

IV

PROMESA DE VENGANZA

¡Ay, dolor de Barcelona! Por las calles, por las plazas va el entierro de Durruti. Silenciosamente avanza la comitiva, compuesta de miles de camaradas que cierran, firmes, los puños, que aprietan, rudos, la barba para que el llanto no acuda. La multitud apiñada se duele calladamente por el cadáver que pasa. ¡Ay, dolor de Barcelona, que es dolor de toda España! Puños en alto prometen tomar cumplida venganza:

—La venganza es atacar con furia nunca igualada. Si Madrid entero dijo «¡No pasarán!»—y no pasan—, ha llegado ya el momento de que suene en toda España otra consigna que diga: «¡Pasaremos!»

La palabra se multiplica en el viento, la mece el mar en sus aguas, la esparcen ondas sin fin, se eterniza en la distancia.

LUIS PÉREZ INFANTE.

Los anarquistas honrados están en contra de esa falsa libertad que invocan los cobardes para escurrir el bulto.

(Palabras de Buenaventura Durruti)

Ayuntamiento de Madrid

De las memorias íntimas, de un soldado de la 14 División

(Que nos perdone el autor. Nuestra curiosidad periodística nos lleva, a veces, a adoptar posturas incómodas y a saltarnos las normas más elementales de la discreción. Pero el interés general de los lectores nos absuelve de toda culpa. A él nos debemos y a él hay que servir. En una de nuestras recientes visitas al cuartel general de la 14 División sorprendimos—no cabe otro eufemismo—un cuaderno de memorias íntimas, en que uno de los luchadores por la causa del pueblo va estampando sus impresiones diarias, como recuento histórico de su vida de militar. De buen grado nos hubiéramos apoderado de ellas para transcribir las íntegramente, pero en la precipitación de nuestro delito, sólo alcanzamos a copiar las impresiones de una jornada.

Jueves, 20 de mayo.—A las seis de la mañana comencé la guardia. A esta hora, ya el «viejo» (se refiere a ese titán de la lucha que se llama Cipriano Mera) estaba levantado. ¿Cuándo dormirá este hombre tres horas seguidas? Marchó con uno de sus ayudantes a visitar uno de los puestos avanzados. Seguramente el mismo donde estuvo la madrugada anterior de riguroso incógnito. Sería curioso saber qué le lleva a estas repetidas visitas. Pero algo será de interés para la marcha de las operaciones.

La mañana está agradableísima. Se barrunta el desayuno. Hoy me voy a tener que poner ración doble por si acaso la inyección antitífica, que me tienen que poner a las diez, me quita el apetito. ¡Hay que ser prevenido! Y ahora, que caigo en Cañero. ¿Me dolerá mucho el pinchazo? Tengo que advertir aquí que al médico encargado de inyectarnos le dicen los muchachos entre sí Cañero. ¡Si lo supiera él!

Terminada la guardia me di un soberbio baño en la piscina. ¡Aquí no carecemos de nada! Y luego un rato de frontón, en lo que soy un hacha. No tiro una falta, ni por una apuesta. Como siga así de pelotari, me estoy viendo en el monte Jata dando el triunfo a los rojos.

Hoy, la mañana ha sido de visitas. Ha llegado de Madrid un periodista de «Mundo Gráfico» para hacerle una información al «papaño». ¡Se va a ver negro! Porque nuestro jefe le gusta más menos la exhibición que a nadie y se niega a todas esas tonterías de los periódicos.

Además, traen un fotógrafo. ¿Si saliera yo en alguna foto?

Porque el «Mundo Gráfico», a lo mejor llega a Motril.

En tanto llega el jefe del frente charlamos con los periodistas. Con nosotros no quieren nada. Quiere, por lo que se ve, sólo unos gestos de Mera. Estos periodistas son el demonio.

Las nueve y media. Clase diaria de transmisiones. El teniente Gabriel Sáiz de Buruaga nos explica prácticamente cómo se puede tender una línea de comunicación subterránea en menos de diez minutos. Yo, que para estas cosas de la electricidad era un peimazo y que me daba reparo hasta de enchufar la radio, me voy soltando de tal modo, gracias a lo claro que me dice las cosas el teniente, que no tengo inconveniente de montar una línea, con el propio Mola, para llamarle a gusto unas cuantas cosas que me callo.

Hoy no ha llegado aquí al frente la prensa confederal. Dicen que la ha suprimido el Gobierno. En buena lógica, no debíamos recibir prensa de ninguna clase. O la nuestra o ninguna. Muchos compañeros exponen esta idea, que me parece acertada.

¿Cuándo van a terminar estos líos de la retaguardia? ¿No vale nada el ejemplo de los que a diario nos estamos jugando la vida?

Aquí, cortamos pronto toda discusión. Eso se debía hacer lejos de los frentes. Pero, desgraciadamente, no es así.

Por lo que respecta a la falta de nuestra prensa, no es motivo la suspensión de los periódicos, por lo que sea, para que con este motivo nos hayan inundado hoy de prensa extraña a nosotros.

¿También ventajillas aquí? No quieren enterarse todavía que a los combatientes nos le llega la molición de la política. No les llega más que el cumplimiento del deber. ¿Y que no vean esto los ciegos de la ciudad?

Por lo que se ve, el día se va deslizado con tranquilidad. No ha sonado hasta ahora un tiro. No quiero acabarlo de escribir hasta que termine el día, porque a lo mejor, como me ocurre cada vez que lo apunto, vienen todos juntos.

Me acaban de comunicar que estoy encargado con cuatro compañeros más que saben de libros para ayudar al teniente, unas horas, en la instalación de la biblioteca que vamos a poner en el Hogar del Combatiente. ¡Una cosa sería!

En mi diario de ayer dejé olvidado...

Los forjadores
de la victoria.

Hombres nuevos

¿Quieres conocerle? Se trata del militar más joven del glorioso Ejército popular. Un teniente de Artillería, que apenas ha cumplido los diez y ocho años. Una capacidad técnica precoz, y un valor y unas condiciones de militar singular, que no le caben en el espacio de su escasa edad. Esta revelación es producto, sin duda alguna, de la savia racial de que se ha nutrido el nuevo Ejército del pueblo.

Intuitivamente Carlos Jiménez Margalejo era eso. Un militar de cuerpo entero, pero un militar nacido del pueblo y para el pueblo. Bastó que el dolor de su España, herida por un ejército invasor, restallase de orgullo para que despertasen en él esas dormidas actividades que le han llenado de popularidad al correr de los días, en las múltiples acciones de guerra en que tomó parte. Admirado de sus compañeros, estimado de sus jefes, quienes ven en este hombre nuevo una garantía de triunfo, el teniente de Artillería más joven de nuestro Ejército, más que promesa es una realidad en el cuadro de mando donde presta sus meritisísimos servicios.

—¿Quieres conocerle?—me insiste una vez más, después de al acabada biografía que acaba de hacerme, uno de los jefes más populares de la 14 División, y uniendo la acción a la palabra, me presenta al teniente Jiménez.

Un apretón de manos. Sello obligado, que rubrica una agradable impresión; esa impresión que sólo producen los seres extraordinarios.

—¿Estás contento de tu actuación en los frentes de lucha?—le preguntamos a modo de punto inicial en nuestro breve diálogo.

—El día que estuviera plenamente contento de mí mismo—nos dice con una no recatada soberbia—, estaría culminado nuestro triunfo. Hoy por hoy no estoy satisfecho más que de mi obediencia en mis jefes y de mi fe en la victoria.

—¿En qué empleas las horas francas de servicio?

—En estudiar. No puedo negarme a la categoría de lo que únicamente soy. Un estudiante. De ahí partió mi carrera de militar.

—Tú ¿hubieras escogido siempre la carrera de las armas?



El teniente de dieciocho años

—Únicamente en estas circunstancias. El pueblo necesitaba del sacrificio de todos. Y qué menos podía darle yo que variar el rumbo de mis aspiraciones...

—Y tu propia sangre.

—Eso es cosa de poca monta. En ese deber estamos todos.

—¿Quieres contarnos algo de tus intervenciones como artillero en las jornadas victoriosas en que la 14 División supo de tus mejores servicios?

Como movido por un resorte, atajándonos con el gesto, que en estos momentos tiene algo de imperio, el teniente Jiménez nos dice infantilmente:

—Vaya, vaya. Yo creí que habíamos como compañeros. Por poco caigo en la celada. Es curioso. ¿Qué puede importarle a nadie nada de lo mío? Así que hay pocos hombres sobresalientes, de cuyas hazañas nada se ha dicho, y que merecerían ser divulgadas entre los nuestros para estímulo de todos. De mí, lo único que puedes decir que por bondad de mis jefes, soy el teniente más joven de la 14 División...

Y cortésmente nos deja a media miel, con el diálogo truncado, a pretexto de una orden urgente que cumplir.

Confrontada la biografía con el original, este hombre nuevo, que con sus buenos diez y ocho abries lleva su responsabilidad con el acierto maduro de las cosas cuajadas, es lisa y llanamente un forjador más de nuestra gran victoria.

El día de mañana, cumplidos los destinos del pueblo, en todas sus hiperbólicas realidades, Carlos Jiménez Margalejo sonreirá orgulloso recordando... «cuando yo apenas había cumplido los diez y ocho años...»

E. G.

INTERNACIONAL

ALLENDE PIRINEOS

LA VERDAD SE ABRE CAMINO

Cada día que pasa nos trae la noticia de una sacudida en las aguas quietas de las esferas oficiales de la diplomacia internacional. Cada día que pasa, esas esferas oficiales tienen que hacer a regañadientes nuevas concesiones a los deseos de solidaridad que nos muestran sus pueblos respectivos. Pero el divorcio entre los deseos de los trabajadores del mundo entero y la actuación de sus representantes en los organismos internacionales es evidente. Y aun a pesar de todas las «benevolencias» de los señores de todas las políticas, el abismo no llega a colmarse.

De una parte los trabajadores, los auténticos hijos del pueblo que sienten sacudida su sensibilidad por la gesta que está viviendo el pueblo hermano de España. De otra parte la indiferencia de los medios gubernamentales, que, escudándose en falsos compromisos y en mentidas imparcialidades, agotan hasta el fin todas las maneras imaginables para negar una colaboración sincera y eficaz al pueblo español.

Y, sin embargo, la verdad se abre camino. Cada vez se extienden más los medios entre los cuales se acepta con todas sus consecuencias el simbolismo trágico

y esperanzado de esta guerra que estamos viviendo; cada vez los falsos apóstoles de la democracia y de la libertad ven más angostos los cauces por los que circulan sus malos deseos para con los leales españoles.

El proletariado del mundo se ha dado cuenta de la enorme trascendencia de la lucha planteada en España; todos los trabajadores han comprendido que sobre los campos de batalla se ventila, no sólo el destino de los trabajadores españoles, sino el de todas las masas obreras del mundo. Y esto, que en los momentos actuales ha llegado a ser pleno convencimiento, seguridad indudable de los obreros todos de la tierra, pesa necesariamente en el ánimo de los directores de los

destinos de los diversos países. Ellos comprenden que al fin acabarán por imponerse los deseos de las grandes masas obreras. Y ellos han iniciado el viraje que sin separarlos de sus egoísmos haga posible la continuación de su vida cómoda y despreocupada.

Y empiezan las ayudas; son tímidas, pero tienen todo el valor de una nueva victoria esplendorosa. Es la victoria sobre el error de los unos y la indiferencia de los otros. Es la victoria en los círculos internacionales, amantes como ningún otro del quietismo y de lo intrascendente. Es el triunfo de los que sienten hondo la libertad de los pueblos, sobre los que intentan seguir jugando con los destinos de los trabajadores del mundo.



En el frente, no se descuida por un momento la labor didáctica. Ved, aquí al teniente de Transmisiones de la 14.ª División Gabriel Sainz dando una lección práctica a sus soldados, para el manejo de los aparatos de transmisiones. (Foto Sanz de Anco)

Mera

Nuestro gran luchador

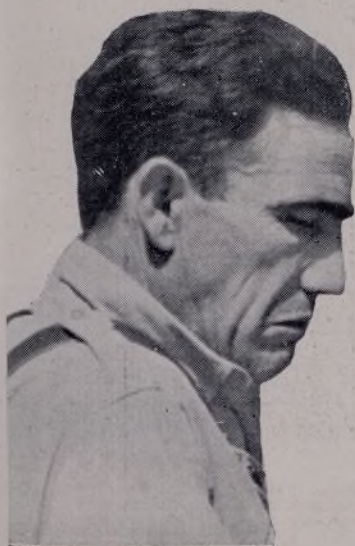


Cipriano Mera es aquel hombre que hace años partía su jornal con su ayudante para igualar el de los dos; el que en las huelgas resistía estoicamente los apaleos físicos; el mismo

que, después de escuchar en un mitin la palabra conmovida sobre la razón de luchar, de oír una exposición clara y concreta del anarcosindicalismo constructivo y de la situación internacional, decía: «Para que a España no le suceda lo mismo que a Italia y Alemania, no basta salir de aquí convencidos; hay que prepararse para la gran batalla. Y como nuestra organización no cuenta con los medios materiales necesarios para todos, cada uno de por sí debe alcanzarlos como pueda. De la misma manera que guardáis unas pesetas para un traje o unos zapatos, podéis reunirlos para armas. La batalla contra el fascismo se acerca y hay que estar prevenidos...»

La batalla se acerca... Cipriano Mera ha demostrado con hechos que estaba preparado para ella. Con su valor peculiar, con su entereza moral y disciplinada, ha llevado a nuestros hombres a derrotar a todo un ejército italiano. Cada uno de por sí ha alcanzado la convicción, la realidad de la victoria.

Cipriano Mera ha dado su espíritu a los combatientes. Les ha hecho vencer, que es más que haber vencido él mismo.



La fé, en nuestra victoria no es cosa que dependa de nuestras palabras, sino de nuestras propias obras. Y a ellas, debemos ajustar todo lo que llevamos dentro, como revolucionarios y como defensor de nuestras propias libertades, ha dicho, Cipriano Mera.

Ayuntamiento de Madrid



EL HOGAR DEL COMBATIENTE DE LA 14 DIVISION



Un bello rincón del jardín del combatiente...

Como sale de las manos del prestidigitador la fuente encanta da irisada de colores, así surgió esta obra de la voluntad férrea de unos hombres llenos de humanidad. De entre los escombros de una derrota, que más tuvo de vergüenza que de jasto adverso, en la que el sonrojo de una tropa extranjera nubló de rubor el cie-

lo de Brihuega, surgió esta obra que tenemos delante de nuestra perplejidad.

Al socaire de los estruendos que ponían en fuga a los mercenarios de Bergonzoli, se fué gestando esta iniciativa, que hoy toca a su madurez, entre la admiración de todos los que la conocen.



La piscina natural se ofrece al soldado, como estímulo vivificador

El Hogar del Combatiente de la 14 División está a punto de ser inaugurado.

Lugar espléndido, acondicionado, donde el soldado en descanso puede tener el acomodo y el solaz y el esparcimiento sin molición, que difícilmente podría encontrar en la urbe mejor dispuesta. Cura de aguas, repuesto de salud, inyección de nuevos optimismos, signo seguro de que hay quien en todo momento vela por las reservas que son necesarias a la labor dura de la guerra, esta institución levantada a pocos pasos del frente, con todas las seguridades y con todos los éxitos, es buena prueba de la labor constructiva de nuestros hombres que hermanan el arte de hacer la guerra con la actividad más serena en la retaguardia, en esta verdadera retaguardia, donde ni la pasión, ni la política fueron más que plantas exóticas, desconocidas de todos.

El Hogar del Combatiente de la 14 División, emplazado en un delicioso vergel, «camouflado» debidamente. Alero de las más bellas perspectivas, atalaya de las más espléndidas emociones, cuenta con jardines que nada tienen que envidiar a los más suntuosos de La Granja; la mano cuidadosa del hada madrina que ha realizado esta metamorfosis insospechada, ha vuelto a hacer florecer estos rincones encantados, encendidos de colores, donde la sangre fratricida regó por unas horas los parterres olvidados, los rosales marchitos.

EN
BRIHUEGA



La portada, dice más que otro elogio, de los encantos que encierra la nueva institución

De la mano de un cicerone amigo hemos recorrido de arriba abajo todo el amplísimo local. Después de embelesarnos, con la certeza del refugio moral que suponen estos jardines cuidados en sus menores detalles, para los combatientes que vengan a descansar las horas de permiso, nos hemos parado a contemplar las exigencias prácticas de su magni-

fica piscina, el esplendor de sus salones de recreo, donde la música de un recogido silencio pone el tono debido para el reposo; la sala de actos, donde la silueta de «La Tarumba», con su ya famosa «Lidia de Queipo en Sevilla», se recorta cómicamente sobre el escenario improvisado, por donde na de fluctuar el arte escénico en todas sus manifestaciones; sus

OBRA
POSITIVA



Paseos ensortijados de frondas y flores...

salones de lectura, llenos de luz y de buenos presagios; la biblioteca, en cuya rápida formación trabajan sin descanso hombres especializados, con un mimo y un cuidado que para si lo quisieran los forjadores de la más sólida obra didáctica; la sala de juntas; el bar moderno, donde el más fino humorismo suplirá las escaseces propias de la guerra, y sobre todo y por encima de todo ello, sus ventanales abiertos a una gran perspectiva de paz, por contraste con la lucha cercana, en la que se labra la tierra al ritmo acelerado de una labor en construcción, consoladora y optimista...

¿Cómo ha podido realizarse este milagro? ¿Cómo se han podido borrar las huellas sangrientas de la guerra en un remanso improvisado de paz?

En el Hogar del Combatiente de la 14 División, donde un equipo de más de una docena de maestros esperan ocasión de mitigar el porcentaje de analfabetismo, con sus aulas dispuestas para la enseñanza, se trabaja en estos días febrilmente, para dar los últimos toques que han de preceder a su inauguración oficial.

La obra conjunta de tantas actividades dispersas sigue su rumbo ascendente, dirigida por su iniciador el Comisario de guerra compañero Valle, a quien se debe en toda su magnitud esta obra social de insospechada envergadura. Desde los primeros planos de

vanguardia dirige, con la eficacia de su gran corazón lleno de franca y riente humanidad, toda la organización de esta institución de guerra, que por antonomasia es signo de paz y de concordia.

Tremenda lección para la traición enemiga, que sólo sabe de devastación, de incultura y de dejación de todas las dignidades.

Espejo claro, en el que al mirarse seguramente el enemigo se volvería a teñir de sonrojo el claro cielo de Brihuega, como se tiñó una tarde, en la que la impotencia y la cobardía de una tropa invasora culminó la rota más tremenda de cuantas han conocido los anales de esta guerra de independencia.

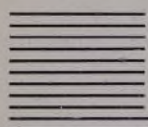


La biblioteca, matriz del Hogar del Combatiente, se va ordenando



Vista general y panorámica, desde el alero del Hogar del Soldado. (Fotos Sanz de Anco)

Ayuntamiento de Madrid



Consejos a los combatientes

De notas y experiencias de la Gran Guerra.

Tan pronto como dé comienzo el combate, entre el estruendo de los explosivos, disparos de las armas automáticas, etcétera, apenas se oyen las voces de mando de los Oficiales y Clases; ya no distinguirán tampoco los combatientes los refuerzos o sostenes; en una palabra, los hombres de primera línea estarán solos, y, sin embargo, no olvidar que ellos son los verdaderos **obreros de la victoria**.

En estos momentos hay hombres que se olvidan de que constituyen la esperanza de sus hermanos y no se dan cuenta de que los instantes son precisos y decisivos. El piensa que la batalla se limita a lo que ocurre a sus alrededores, se considera a sí mismo insignificante, casi inútil y hasta considera que no debe exponerse más por estimarlo un sacrificio inútil. Le falta el estímulo de Oficiales y Clases que no se encuentran próximos a su puesto, y esto lleva consigo que la batalla se inmoviliza porque sus pequeños elementos no se mueven.

Todos, absolutamente todos, desde el de más insignificante personalidad, son y serán responsables ante el Pueblo, en estos casos, de no haber actuado individualmente con la energía y decisión necesarias para imprimir ardor y acelerar el ritmo de la lucha.

En primer lugar el campo de la lucha es para los verdaderos combatientes que son los que hacen daño al enemigo, pero también hay otros tímidos o miedosos, que se atolondran y no piensan más que en refugiarse en algún rincón o zanja. Estos no representan otro papel que el de estorbo o inútil cadáver.

No saben que, hagan lo que hagan, tendrán la vida siempre expuesta; en este caso deben pensar en que por lo menos sirva para algo y sobre todo que se la hagan pagar de antemano. Al combate se va a batirse.

No se trata de hacerse matar bravamente y desaparecer; es menester vivir y vencer. Para conservar la vida los cobardes procuran no exponerla; los valientes cuentan con su valor para defenderla.

Mucha es la tentación para los cobardes; indudablemente, es mucho más agradable y cómodo permanecer en un refugio que marchar al encuentro de las balas; pero el tímido pierde la sangre fría y el discernimiento, de lo que resulta que, aunque salve la existencia una o dos veces, un día hace un falso movimiento, fruto de su mismo nerviosismo, y esto en la guerra se paga con la vida.

El valiente consciente es mucho más astuto, mira de frente al peligro, sabe cuándo debe despreciarlo y avanzar y cuándo será temerario afrontarlo. No teme al enemigo, porque el enemigo es un hombre como él, del que siempre se triunfa valiéndose de la audacia y la destreza.

Un buen fusil, un cuerpo ágil, la vista clara y la cabeza fría componen el secreto para pasar a través de la lluvia de balas y matar al enemigo.

El que no es buen soldado es que no ha sido ni podrá ser un buen trabajador, ni un hombre digno de llamarse libre.

Para seguir a un Oficial o Clase en el peligro es indispensable respetarlo y quererlo; el hombre indigno no tiene fe en el triunfo, ni se sujeta a regla alguna, no respeta nada, ni a nadie y sólo piensa en sí mismo.

Factores Morales - Su análisis.

Cuando falta el Jefe y el hombre se encuentra solo, hay siempre algo que le impulsa a seguir el camino del deber y que le hace sobreponerse a su angustia y espanto: su propia dignidad, su conciencia. La dignidad sólo es patrimonio de los hombres honrados.

DEBERES DE LOS QUE LUCHAN POR LA LIBERTAD

Seguir al Jefe.

El Jefe es el guía, es un obrero más de la victoria y es la señal de unión; no mira a sus hombres cuando avanza porque sabe que ellos deben seguirle ciegamente.

Si él cae, se sigue adelante y se le vengá.

No abandonéis nunca al enemigo el cuerpo de un Jefe; a más de ser un compañero, se cotiza por el adversario su cadáver para aumentar su victoria. Traedlo con vosotros o aprovechad una circunstancia favorable para ir a buscarlo.

Vengad a los muertos.

Cuando los hombres piensan en el pasado, vuelven a ver a todos sus compañeros que cayeron combatiendo a su lado y se recuerdan perfectamente los lugares de la lucha y hasta pequeños detalles y circunstancias de la misma.

A los caídos los sustituyen otros en las compañías. A pesar de su bravura y vigor no existen ya. Pero el recuerdo no se pierde, ni su sacrificio es estéril. Permanecen siempre en el corazón de los que sobreviven y, al recordarles, cada uno siente sorda cólera que hace más fuerte su brazo y más aguda su vista.

No descansar ni en la trinchera ni en el combate hasta hacer pagar cara al enemigo la vida del compañero muerto. Los muertos siempre claman venganza.

No hay fusil más certero como el que se retira de las manos de un compañero caído.

Sepultad a los muertos, socorred a los heridos.

Hay que dar honrosa sepultura a los compañeros muertos. Es menester conservar bastante entereza, a pesar de la fatiga y del cansancio que produce el peligro, para enterrarlos de un modo más decoroso que tendiéndoles simplemente en una fosa y echando un poco tierra encima.

Es necesario vengar a los heridos, ponerles al abrigo cuando no es posible abandonar el puesto, y en cuanto la situación lo permita transportarles a retaguardia aunque el sueño y la fatiga nos rindan.

Causad daño al enemigo.

Esta idea no debe nunca abandonar al combatiente. Le comunica un ardor silencioso y feroz, que es el verdadero; si se siente desfallecer, le sostiene. Cuando se sufre, cuando el valor huye y sentimos que las fuerzas nos abandonan, hay que poner un cartucho en la recámara del fusil y apuntar bien.

Conducta hacia los prisioneros.

Al enemigo que se rinde, una vez indefenso, debe respetarse la vida; matar por el placer de matar, es cobardía y barbarie, cosa impropia de los luchadores de la Libertad.

Pero en el combate, mientras no se abata la resistencia y en tanto exista la posibilidad de que el enemigo reaccione, nada de sentimentalismo. No olvidéis que la bondad en estos casos suele costar muy cara.

Los enemigos heridos, una vez fuera de combate, son unos desgraciados y debéis prestarles socorro; no ver ya en ellos las insignias o distintivos aborrecidos.

El miedo y la cobardía.

El desaliento acecha al combatiente a cada paso en el campo de batalla; debe conocerlo bien para defenderse de sus tentaciones y volver al buen camino al camarada que se deje llevar por los impulsos del miedo.

Cuando el ánimo no se encuentra bien dispuesto, se siente miedo y entonces se es cobarde; ni aun en este caso debe el combatiente desanimarse ni perder la confianza en sí mismo.

El peligro siempre impresiona vivamente; nadie está acostumbrado a las balas, ni a las granadas, porque son cosas contrarias al régimen normal de la naturaleza humana.

Pero a medida que el combatiente se va familiarizando en el peligro, lo conoce mejor, y por lo tanto sabe en qué casos debe temerlo y en cuáles puede permanecer tranquilo. Algunas veces el ánimo se encuentra mal dispuesto, el cuerpo sufre y el espíritu está enfermo. Así ocurre, por ejemplo, bajo la impresión de bombardeos o combates violentos, cuando se permanece inmóvil en el fango, batido por la lluvia y el frío; las horas transcurren lentamente, la guerra se hace larga y se piensa en lo desconocido del día de mañana. Acuden en tales casos torpes ideas a la mente: sobreviene la aprensión. El que la padece no es un cobarde, pero sí lo es cuando se deja apoderar de ella, si lloriquea lamentándose de sus tristezas y busca un pretexto para abandonar su puesto.

En cambio se es valiente cuando se dice: No lo he pasado bien, pero falta poco para el triunfo de la Causa, y entonces todo acabará; mientras tanto, trabajemos y ayudemos al compañero.

El miedoso.

Se asusta de una futesa. Dispara al aire o sin apuntar y tira por encima del parapeto sin mostrar la cabeza. Tiembla, se cree siempre perdido y tiembla apenas ve que un enemigo marcha en su dirección; no puede resistir la vista del adversario porque siempre le cree más fuerte y valiente que él.

Cuando está de centinela o en servicio de escucha, cree ver y oír enemigos por todas partes.

Si presta servicio de patrulla, o vigilancia en avanzadas, se figura continuamente que un enemigo va a arrojarle sobre él; al oír un ruido se repliega a toda prisa, sin aliento, gritando que el enemigo avanza, espantando a todo el mundo, y el motivo de su alarma suele ser un perro, una vaca que pasta o algún herido que se arrastra a nuestras líneas.

El cobarde.

El cobarde es el que abandona su puesto pretextando cualquier excusa. Acompaña a los heridos sin que nadie se lo mande, no por el deseo de serles útil, sino para retirarse a la retaguardia y quedarse allí.

Al recibir una herida leve o un simple arañazo se considera dichoso, y se apresura a abandonar a sus compañeros en lo más fuerte del peligro: **está prohibido terminantemente abandonar el puesto de combate sin autorización.**

No dispara el fusil, ni se atreve a lanzar una granada por el temor a la respuesta. Son cobardes los que huyen; los que se rinden sin haber agotado **todos sus cartuchos**, o haber hecho todo lo humanamente posible para escapar del enemigo. Lo son también.

Los indeseables.

Suelen ser pocos y se distinguen porque tienen muy arraigada la idea de no cumplir con sus deberes. Alegan constantemente que son rebeldes a todo mando, y no es por rebeldía o ansia de libertad, sino por cobardía y temor de cumplir las órdenes que entrañan riesgo o exposición.

Los que se desenfilan y desaparecen en momentos peligrosos en el combate para reaparecer algún tiempo después cuando ya todo ha pasado, diciendo que se han extraviado.

Estos falsos compañeros no se exponen nunca y se imaginan que después que triunfen las libertades populares y se arrojen de nuestro suelo a los extranjeros invasores, vivirán

tranquilos y felices a costa del esfuerzo y la sangre de los valientes.

Todas estas artimañas son intolerables. Es necesario que todos combatan y den el máximo rendimiento en defensa de la Causa de la Libertad e Independencia.

Los valientes.

Son la mayoría, casi todos, y muchos ni siquiera lo saben.

Por la transcripción. Un



Sanidad Militar de la 14 División. - Servicio de Desinfección y Desinsectación. - "Profilaxis Venérea".

Estas líneas van dedicadas a los compañeros que luchan en el frente y no tienen más objeto que proporcionarles unas elementales nociones de lo que en materia de tanta importancia deben conocer.

Es preciso que en los días de descanso que se obtienen después de una permanencia en los frentes, no se conviertan por un momento de placer en largos días de dolor y, lo que aún es peor, ocasionar bajas en las filas de la causa antifascista.

¿Qué se debe hacer ante esta perspectiva?

No olvidéis nunca que una mujer que os proporciona su cuerpo durante un escaso tiempo, a quien de antemano no conocíais, hay que considerarla como «infectada» por alguna enfermedad venérea, y por consecuencia debéis adoptar todo género de precauciones para evitar consecuencias inmediatas, y lo que es más triste aún porque hace pagar culpas vuestras a seres inocentes, al caso, como es vuestra compañera y vuestra descendencia.

De los medios que se pueden poner en práctica para la evitación de estos males, figuran primero y en realidad como único seguro la funda propuesta por Condón.

Este dispositivo, a condición de que no se rompa y de que esté en un estado de conservación perfecta, os garantiza plenamente contra el contagio venéreo.

Otro aspecto es el formado por la profilaxis química. De éste no podemos asegurar su eficacia como del anterior; no obstante, a falta del otro, conviene y evita en muchos casos el contagio.

Muchos productos expende el comercio dedicados a ellos.

Uno aceptado en la guerra actual es el **Blenocol**. De este producto poseemos en nuestra División tubos que en el momento preciso debéis de pedir en los puestos sanitarios.

El empleo de este compuesto consiste en lo siguiente: Inme-

diatamente después del coito sospechoso debéis de orinar, haciendo bastante fuerza para que el chorro al salir haga un verdadero lavado de dentro para fuera, después os introduciréis en la uretra una corta cantidad de la pomada del tubo y luego os friccionaréis el miembro durante algunos minutos. Al día siguiente procederéis al lavado de vuestros genitales con agua y jabón, después de haber dejado el medicamento toda la noche.

Otro medio recomendable y que puede estar a vuestro alcance es la inyección después de haber orinado, de una solución de **Algirén** al 5 por 100, que le tendréis en la uretra durante cinco minutos, y el friccionamiento del órgano con ungüento mercurial o con pomada de calomelanos.

Si ninguno de los procedimientos anteriores está a vuestra mano, por lo menos poner en práctica la micción inmediata con toda la presión posible y el lavado abundante con agua y jabón de vuestros genitales.

El seguir estas prácticas que os aconsejo pueden evitar, a más de vuestros dolores físicos, las grandes tragedias que tantas veces hemos visto los médicos, de compañeras que terminan su vida en una cama de operaciones, por una enfermedad blenorragica de su marido, o esas descendencias taradas con los estragos de una sífilis hereditaria, que tantos dementes ocasionan, o muchos ciegos de nacimiento por gonococia de la madre, y otra multitud de desastres orgánicos, que harían interminables estas líneas, escritas solamente para informaros someramente de los peligros del acto sexual y de los medios más elementales que pueden usarse para evitarlas.

Que os sean prácticas es mi deseo.

El Teniente médico Jefe del Servicio, **José María Hernández de Lorenzo**.

RUTAS EN LA PAZ



¡Hijos del pueblo!

Hombres que habéis curtido vuestros cuerpos en las luchas ásperas del trabajo de cada día, y que estáis revalidando vuestro esfuerzo en la lucha gigantesca que lleváis a fondo contra el egoísmo capitalista de los plutócratas y contra los deseos insanos de los que aspiran a eternizar la dominación y la desigualdad: vuestra misión de guerra y de lucha recorre también caminos de paz. También rutas de paz y de protección se abren ante vuestros ojos ansiosos de percibir la meta final por la que inmoláis vuestra sangre y aceptáis el más doloroso de los sacrificios.

Cuando, tras el empuje incontenible de vuestras armas victoriosas, nuevos lugares reciben la caricia sedante de vuestro paso tranquilo y sereno; cuando, en la serenidad del cielo de mayo, callan las armas, no termina aún vuestra misión. Todavía tenéis nuevos deberes que cumplir y no podéis abandonaros al ocio. Entonces empieza otra misión que tenemos que cumplir agotadoramente los que formamos en las filas tensas de la Libertad: la de hacer que los hombres hermanos que nuevamente vuelven a ser dueños de sus destinos se sientan protegidos.

Los soldados del pueblo protegen a sus hermanos campesinos, protegen a sus hermanos los obreros; y esto, no sólo luchando, no únicamente combatiendo al enemigo que acecha sus libertades sobre los campos de batalla, sino también ayudándoles a recorrer las rutas de paz, llevándoles en la punta de sus bayonetas el germen de los arados que habrán de hacer fértil a la tierra que se vió asolada por la metralla.

Los bienes de los campesinos deben ser sagrados para todos nosotros. Ellos, hermanos trabajadores, que con su trabajo y sus desvelos han visto cómo paso a paso se levantaba su débil bienestar, no deben jamás tener la visión de que los hijos del pueblo en armas pueden recordar a las aves de rapiña.

El saqueo y el pillaje no pueden ir del brazo con los soldados de la Libertad. Vosotros, que sois la garantía de la vida justa, que sois la garantía de la Libertad contra todas las tiranías del mundo, debéis señalar en las horas de paz la ruta respetuosa y leal a seguir con vuestros hermanos en el trabajo.

Compañeros: ese el camino.

M. V.



E U Z K A D I

Los hermanos del pueblo libre de Euzkadi están escribiendo, a costa de su sangre generosa, la página excelsa de su historia y de su independencia. Por las laderas jugosas de sus montes, por los valles angostos, por las cumbreras bravías, se ha desencadenado la ofensiva de los que todo lo han fiado a la fuerza de las armas vendidas al egoísmo y a la defensa de posiciones privilegiadas e injustas.

Ellos tienen una meta: consumir en Bilbao, la capital del Norte, la realización efectiva del crimen simbólicamente llevado a efecto con el árbol tradicional de Guernica. Ellos asolaron Guernica y otros pueblos vascos por que se levantaron, potentes y rebeldes, como murallas ciclópeas, contra la avalancha de destruc-

ción y de muerte que les atacó. Prefirieron morir a doblegarse sus hijos varoniles; y aceptaron la muerte para no rubricar con su aquiescencia o con su huida el pretendido aniquilamiento de sus queridas libertades.

La destrucción se hizo lujo de los invasores, y ruinas humeantes y cuerpos inertes bordean las márgenes del camino que recorren; sus almas, carentes de fibras sensibles, miran indiferentemente el producto de su actuación sin sentimiento; y sus ojos sanguinolentos otean en el horizonte que ante ellos se abre, nuevos hogares que destruir, nuevas vidas que aniquilar.

Pero el pueblo de Euzkadi se yergue renovando sus promesas solemnes de tesón y de heroísmo; levanta con sus pechos mu-

ralla tras muralla, y a fuerza de sacrificio hace que las oleadas de asalto vayan perdiendo intensidad. Y espera más; espera a que mueran esas oleadas de asalto, espera a que las energías de los rebeldes se agoten en el machaqueo duro de cada día, para entonces lanzarse a la conquista de nuevos reductos, lanzarse a recuperar la integridad de su suelo, hasta conseguir que sobre la tierra vasca primero, y sobre todas las tierras de España después, ondee tranquila y majestuosa la bandera de la Libertad.

¡Pueblo libre de Euzkadi! Hombres de Vasconia, que habéis sacrificado vuestras vidas y vuestras energías al caudal incalculable que es el patrimonio de libertad de todos los españoles: vuestro esfuerzo no será

estéril; desde todos los ámbitos de la España leal millares y millares de corazones populares palpitan anhelantes siguiendo paso a paso vuestra gesta sublime, admirando vuestro heroísmo, sintiendo la alegría inmensa de vuestras victorias, llorando como suyos los sacrificios que realizáis en vuestra lucha por la libertad. Y en las trincheras de toda España nace un clamor de admiración para vosotros y de deseo incontenible de correr en vuestra ayuda lanzándose al asalto de todos los reductos que la facción conserva en los campos ensangrentados de España.

Pueblo de Euzkadi: tu sacrificio no es estéril; es la semilla fecunda que cuajará en el futuro con promesa rotunda de Libertad y de paz.

Ante la próxima reunión de la Sociedad de Naciones

El día 24 del corriente vuelven a exponerse al público distinguido de Ginebra las bambalinas rutinarias de la Sociedad de Naciones. Y nuevamente se tratará en la próxima reunión del problema de la intervención extranjera en la guerra civil española; así al menos lo ha pedido el Ministro de Estado de la República española.

Nosotros, después de tantos meses de lucha, en los que cada una de las reuniones de los desfacedores de entuertos internacionales ha sido un nuevo desaire al Gobierno español, y un medio hábil para que los rebeldes puedan seguir disfrutando más o menos descaradamente de una posición de privilegio que les brinda la plutocracia internacional, estamos completamente desengañados de la eficacia de todos esos cabileos. Nos duele tener que decirlo con esta claridad, pero las medias tintas y las alusiones rebozadas en diplomacia tercián poco en el carácter de nuestros hombres, abiertos a todas las sugerencias claras, pero que no entienden, ni quieren entender, de política jesuítica.

¿Es que a estas alturas puede todavía creerse en la eficacia y aun en la buena fe, para con los leales, de los señores de Ginebra? ¿Es que ellos, al socaire de sus palabras prometedoras, se han decidido en algún momento no ya a ayudar al Gobierno legítimo, sino ni tan siquiera a impedir seriamente la ayuda a los rebeldes de los países fascistas? Evidentemente, no. Si esa hubiera sido la posición que en Ginebra se hubiera mantenido, y se hubiera mantenido además enérgicamente, a estas horas es más que probable, seguro, que la guerra haría tiempo que habría dejado de asolar los campos de España y de segar las vidas de sus hijos. La guerra perdura porque hay gentes que están altamente interesadas en que ésta continúe. Porque para unos representa un medio más que saneado de grandes ingresos; porque para otros es también la posibilidad de obtener ventajas considerables en el futuro de las relaciones internacionales entre los países europeos. Por eso tenemos poca fe en Ginebra. Por eso no creemos



En el descanso, los soldados se entrenan jugando a la pelota en un improvisado frontón

ni en la eficacia de sus decisiones, ni en la sinceridad de los hombres que las adopten. Por eso, escondida entre la palabrería amable y cadenciosa de los turistas suizos, no vemos más que malos deseos para España.

El ágora ginebrino va a oír nuevamente la voz de España. Quizás obtengamos nuevas promesas, nuevas palabras alentadoras; otra vez los hombres atildados reunidos en las orillas del Lehmann mirarán «afectuosamente» la cuestión española. Pero, a

pesar de todo, en tanto que las palabras no se traduzcan en acciones eficaces, seguiremos pensando de la misma manera como lo hemos hecho hasta ahora: seguiremos pensando que de Ginebra no saldrá nada práctico para el fin rápido de la guerra española, y para que la justicia limpia y escueta impere sobre los campos desolados por la metralla y por los hombres que vinieron de lejos a imponer a los hijos de España su «Kultura» y sus deseos insanos.



Una fuente natural, mitad ducha mitad propia para el diario aseo, en un pico de la sierra. (Foto Senz de Arco)

El maestro en el campo de batalla

Arido es el problema que voy a tocar, el cual va encaminado a dar unas ligeras ideas sobre la enseñanza de analfabetos en las trincheras, donde la vida está al azar y por tanto la imaginación no se encuentra en condiciones de tranquilidad, mereciendo por esto fijar la atención en este problema, el cual encierra un todo de amor a la Causa que se defiende y que, partiendo de la base que mejor soldado del pueblo será aquel que mejor cultura tenga, también es verdad, es digno de todo encomio aquel que, careciendo de los conocimientos más elementales, pone una voluntad de hierro por adquirir una cultura todo lo amplia que las circunstancias le permiten, para ser más útil en la guerra contra el fascismo y después en la sociedad en que ha de desenvolverse.

A mi entender y basándome en que las organizaciones sindicales han movilizado un buen contingente de maestros para colocarlos junto al combatiente analfabeto, pueden muy bien estos profesores dar comienzo a sus enseñanzas, por medio de los métodos y procedimientos más racionales que a su mano puedan estar y aprovechar todos los ele-

mentos que le sean factibles, para mayor eficacia en su labor y conseguir el fin que se proponen.

Desde luego ya sabemos que nuestros hombres gozan de una característica propia y que sólo se da en el proletariado español: valor, inteligencia y deseos de emancipación del yugo que tantos años han padecido; por tanto son materia propicia para todo lo que sea mejoramiento moral, no siendo difícil conseguir lo que nos proponíamos en este aspecto de enseñanza.

Ahora me refiero a los simpáticos chicos de nuestra División, los que en todo momento han dado pruebas de disciplina y deseo de triunfar en todos los órdenes de la guerra, los cuales no dejarán de tomar en consideración estas líneas que nada de literatura tienen, pero que están escritas de todo corazón por un maestro proletario de siempre y Oficial del Ejército del Pueblo en estos momentos decisivos para el triunfo del proletariado de España y de nuestros hermanos del mundo entero.

JACINTO MARTÍN PÉREZ,
Ayudante de la 14 División.
20 de mayo de 1937.

CRONICA DE GUERRA

CON LA PLUMA Y EL FUSIL

(Por un veterano del parapeto).

Hoy no ha sonado todavía un tiro. Desde el parapeto avizoramos la lejanía, seguros de no pasar por movimiento mal hecho. Hombre prevenido vale por mil, pero soldado previsor vale por un millón. La cultura obliga a la reflexión. Tomo la pluma, en tanto descansa el fusil.

Se me escapa una segura blasfemia. Esta guerra, con toda su grandiosa crueldad, no ha tenido hasta ahora los cronistas de guerra capaces de ensalzar al momento los hiperbólicos límites de su profunda emoción. Hagamos una salvedad. La ternura infinita con que Mauro Bajatierra impregna sus cuartillas, llenas de humanidad, y las revelaciones sensacionales de Pitirrojo, ese pajarillo del inquieto Nobruzán, que sabe más de la cuenta y que vuela a su antojo, impulsado por su libérrima voluntad, como pájaro anarquista, son las dos excepciones que se me alcanzan, en mi espíritu severamente crítico.

Pero, insisto; esta lucha está huérfana de cronistas.

Bien es verdad que la Historia irá hilando poco a poco las páginas futuras en que, entre poemas bélicos, se irá formando el romancero popular, que cante adecuadamente esta epopeya que nos han hecho vivir. Pero no es eso, no es eso. Los frentes, estos recovecos del sacrificio, donde a toda hora se forjan grandes y sencillas, a la par que sublimes epopeyas, merecen el contacto asiduo de una pluma que vaya describiendo en espiral lírico las sensaciones del instante.

¿Desde cuándo no vemos por aquí—no por el cuartel general—a ningún mensajero de la pluma? Todos los fusiles al frente, clama el sentir popular. Y es verdad. Esta voz de mando autoritaria y real es una gran verdad. Pero todas las plumas, las ociosas como las activas, debían responder también al mismo grito: ¡Al frente! ¿Dónde sino habrían de emplear mejor sus méritos? En la retaguardia, la pluma como el fusil, se anquilasa sin querer, se deja llevar por el canto de sirena de la política y traduce su libertad en supeditación, su libre albedrío en vasallaje...

* * *

Hoy tuvo carta de su casa, mi compañero Enrique.

Me la leyó bajito—¡ya se la sabía de memoria!—, y cuando llegó al párrafo oculto a todas las intimidaciones me lo dió a leer, porque su voz trémula no lograba dar el tono debido para mi fácil comprensión: «Sabrás cómo el marido de tu hermana logró un pasaporte falso para huir de España. Seguramente a esta hora estará ya con los señoritos de su propia calaña. Con ello, comprenderás que la pobre ha descansado algo. Porque su vida era la misma vida de siempre, que tanta amargura le lleva costada tanto a ella como a ti. No lo siente más que por sus hijos. Pero para verlos muertos de hambre como los tenías por sus vicios...»

De un suave manotazo me retiró la carta y me evitó la confidencia íntima. Sonó un «paco». Mi compañero Enrique es echó

el fusil a la cara. En el punto de mira puso todo su corazón herido y le vi apuntar con gesto sañudo. El único tiro de esta mañana de mayo fué bien aprovechado. La bala entró por una tronera enemiga, para incrustarse sin duda en el cráneo vacío de algún señorito, comparsa del marido de su hermana...

* * *

Vuelta a empezar. Guardias como éstas no dejan de ser entretenidas. A cada corto espacio de tiempo, este compañero de la 39, que desde hace más de un mes está con nosotros, me invita a que le apriete la venda del costado. Parece inverosímil que con una herida sin cicatrizar se mantenga así, tan alegremente, sin dar tregua al fusil.

—¿Por qué no te curas del todo? A cualquier movimiento fuerte te vas a desangrar un día, y luego...

—¿Qué sabes tú de eso! Las heridas de la guerra se deben curar en la guerra. Los hospitales y los sanatorios debieron ser fundados para la paz. La sangre no se venga con gasas esterilizadas, se venga con más sangre. Apriétame más el vendaje, que me dure hasta que se termine la guardia...

* * *

La masa coral está hoy que arde. Tenemos unas coplas nuevas, que riman bien. ¿Por qué en cada parapeto surge un poeta anónimo? ¿Será verdad que la guerra tiene mucho de poesía trágica?

El jefe del grupo cantor lleva el ritmo mejor que el maestro Soróabal. A propósito, ¿habrá terminado la Banda Municipal de Madrid su «tournée» brillante por el Levante feliz? ¿Cuándo nos regalará la vida con una audición por estos frentes de lucha? Dejémonos de disgresiones. Quedamos en que el jefe de la «murga» está hoy más alegre que nunca.

—Cuando el español canta, Silvino...

—No puedo negarlo, chico. Hoy estoy que salto de gozo.

—¿Carta de los tuyos?

—¿Cobras hoy?

—Mucho mejor. Tenemos jabón. Acaba de llegar una partida de jabón.

—¡Hurra!!

* * *

La guerra, esta guerra, necesita sus cronistas de guerra. No hay duda. Todo no se ha de escribir con los fusiles. ¿Ves? Ahora tengo que dejar la pluma. Se presiente el «jaleo».

Hemos recibido una orden. Seguramente detrás de ella, escondida como una mujer celosa, habrá una bella crónica de guerra. ¿Quién la escribirá? Se impone la consigna ésta que nos sale del alma: ¡todas las plumas a l frente!! Y que se chinche la política. A ver si así se muere de aburrimiento...

H O R A R I O

D E S A S T R E S

Goya, con su magistral buril, trazó los famosos grabados de «Los Desastres». En ellos expresó toda la tragedia que sufrió la España ochocentista en la primera guerra de la Independencia. Todo el dolor, toda la hecatombe del pueblo madrileño. Estos aguafuertes de Francisco de Goya se hallan resumidos en su lienzo, no menos famoso, denominado «El fusilamiento de la Moncloa», donde vemos delante del piquete los morriones de los soldados napoleónicos, a aquellos «descamisados», que en la fiebre de su angustia más febril abren los brazos pidiendo clemencia a quienes no la conocían. Y a la luz de aquel farol cuadrilátero, donde se recortan las figuras sangrantes de otros ajusticiados por defender la libertad de un pueblo, la sangre de las heridas producidas por las balas perforadoras de los sicarios de Napoleón, mancha la tierra lívida del madrileñísimo parque de la Moncloa. Todos aquellos desastres no son más que páginas leves al lado de las torturas que ha sufrido Madrid en esta se-

gunda guerra de la Independencia. Ahora no ha habido fusilamientos en los defensores de la libertad nacional. Pero ha habido algo peor. El hundimiento de barriadas enteras, bajo cuyos escombros han sucumbido centenares de humildes obreros, abrasados entre las llamas que producían las bombas incendiarias que arrojaba la aviación fascista, con el sadismo más monstruoso. Parecía en ciertos momentos, que en aquellas noches frías de este invierno de 1936 a 1937, como si Madrid pereciese en un voraz incendio. En la oscuridad de la noche, sobre los tejados y cimborrios matritenses, se alzaban las llamas que producían un tétrico resplandor sobre las livideces de la noche invernal. Las explosiones del bombardeo eran como un terremoto que sacudiese los cimientos de la ciudad castellana. Temblaban las casas como si éstas fueran de cartón. Se iluminaba la ciudad, bajo el zumbido macabro de los motores de la aviación como una pesadilla trágica, que todo lo iba a hundir. Pero sobre aquel es-

cenario de tragedia, el drama íntimo de cada hogar era lo peor. Las casas se venían estrepitosamente al suelo, aplastando a sus moradores. Padres e hijos quedaron sepultados, entre el estertor de la agonía, abrasados entre las llamas del incendio. Eran círculos dantescos, donde el dolor, el llanto y la agonía quedaban ahogados en medio de la balumba ensordecedora de las explosiones tremebundas.

Se sacaban los cadáveres de mujeres, ancianos y niños. Los hombres estaban todos en el frente haciendo inexpugnable la ciudad de Madrid. En la ciudad habían quedado las madres con sus hijos. Y ahora, al descubrir los edificios destruidos, se encontraban, como Niobes funerarias, a las madres madrileñas abrazadas con sus hijos, porque a la hora de la muerte les había cogido juntos, estrechados por el heroísmo del amor. Pero en el frente aquellas muertes eran vengadas por la valentía de los hijos del pueblo, que habían empuñado el fusil, la ametralladora o la bomba de mano para vencer al fascismo destructor que había causado tantos daños en los modes-

tos hogares de los trabajadores madrileños.

¿Cuánto podrían decir esas modestas viviendas de Tetuán de las Victorias, del Puente de Vallecas, del barrio de Pozas, de la Universidad, de la Latina y de Cuatro Caminos! Cada casa destruida es como una mansión del dolor santificada por las vidas allí inmoladas. Pero Madrid seguía en pie. El dolor era el estimulante para vencer al fascismo y preparar la victoria. La tumba del fascismo estaba allí, en la cuenca del Manzanares, y todos los intentos de los facciosos eran vanos. Madrid como el ave fénix, renacía cada noche entre las cenizas de los incendios de sus viviendas. Por eso el fascismo ha sido derrotado en las puertas de la capital castellana. No ha pasado. Allí ha tenido que sucumbir. Y las mujeres madrileñas han sido las heroínas más genuinas de esta colosal epopeya. Y estas mujeres matritenses son las que se hallan reflejadas en este lienzo magnífico que ha pintado el compañero Horacio Ferrer y que reproducimos en nuestra portada.

ARIEL.

ORGANIZACION SOBRE LA GUERRA

Es indudable que toda la táctica de una profesión guarda dependencia al fin que se trata de conseguir. Por consiguiente, la técnica militar dependerá del fin que se persigue al emprender una guerra.

¿Cuál es este fin?

En último extremo la guerra, en el aspecto de mayor generalidad, consiste en esto:

- 1.º Hacer el mayor daño posible al enemigo.
- 2.º Evitar que el enemigo nos lo haga.

Ahora bien, ¿en qué consiste este daño que hay que hacer y evitar que nos hagan?

Entendamos bien que el daño no se refiere sólo a lo material: a las muertes y bajas que se causan. No. A veces, y sobre todo en la guerra actual, modernísima, se encarniza la batalla, se causa terrible quebranto al enemigo; pero si éste no abandona sus posiciones, que nos prononiamos arrebatárselas, la batalla no la hemos ganado.

Por eso hay que entender bien el concepto de **daño** a causar al enemigo y evitar para nosotros.

Decía, pues, que no es concepto sólo material, de bajas, sino principalmente moral. Un triunfo resonante, una victoria indiscutible, no se puede conseguir sin desmoralizar al enemigo. Y esto es el verdadero daño; la finalidad del combate y de la guerra.

¿Cómo se consigue?

En primer lugar, por una moral nuestra más firme. Todos sentimos el instinto de conservación: el enemigo como nosotros. Hay, pues, que contar siempre con el miedo ajeno... y con el propio cuidado; pero si existe en nosotros una decisión absoluta de avanzar, de vencer, a medida que acrece en moral y entusiasmo nuestra tropa, disminuye el ánimo de la que tenemos

enfrente. Aumenta la inquietud y el miedo. Virtualmente la victoria está asegurada.

Pero, ¿cómo lograrla materialmente? Y he aquí donde entra la técnica militar.

En primer lugar hay que conseguir una superioridad de fuego sobre el enemigo, y esto aunque en su mayoría no sea certero. Se debe buscar la impresión moral, la depresión del enemigo: mayor ruido, mayor probabilidad de que sea alcanzado de un momento a otro por la bala o la metralla. Que sienta rondarle la muerte, cada vez más cercana, con zumbido insistente, hasta hacerle perder el lazo de unión moral con lo demás y se penetre de su pequeñez y desamparo ante el huracán de fuerzas salvajes y fieras desencadenadas contra su pobre vida. Y hombre que en el combate no se olvida de sí y vacila, dejándose dominar por el instinto de conservación, está perdido y pierde a los demás.

Conseguida la superioridad de fuego viene la técnica del avance. Y conste que hablo del avance y no de la defensa, porque si el que se defiende logra superioridad de fuego, los intentos enemigos en la mayoría de las veces abortan.

La técnica del avance supone: conocimiento del terreno; táctica o forma de avanzar; lugares apropiados; ayuda o no de carros de combate, y sobre todo ello la decisión del entusiasmo bien encauzado por los planes del Mando y el Estado Mayor en su aspecto científico y por el prestigio de los Jefes y Oficiales sobre el campo, en la realidad.

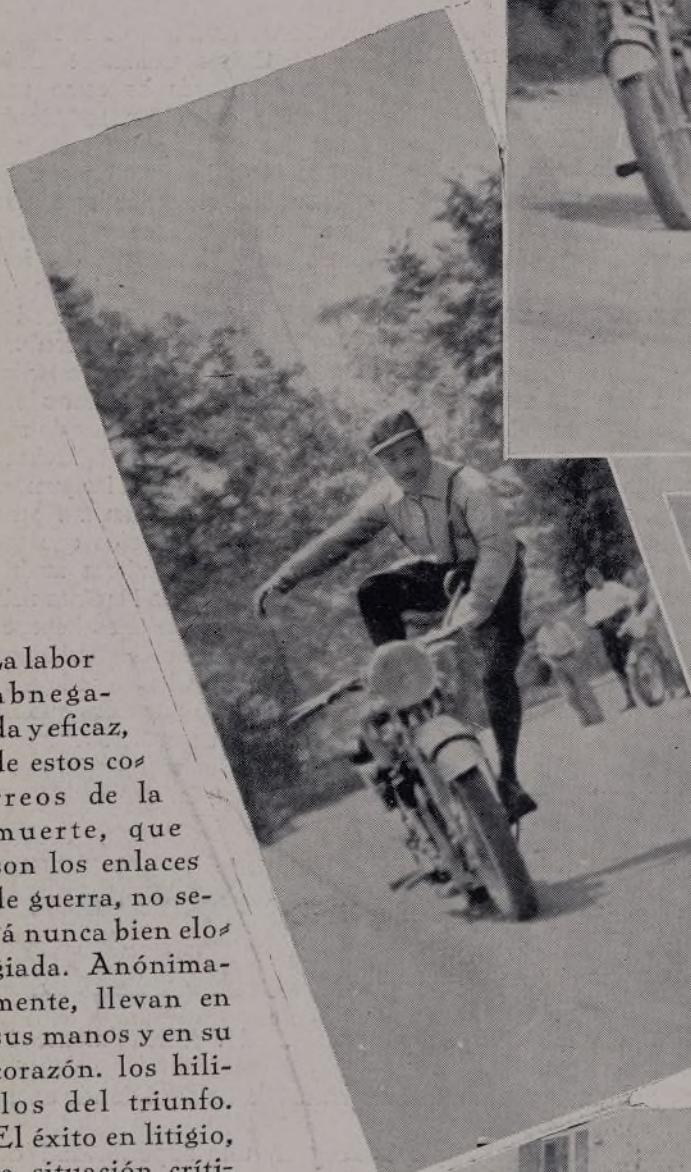
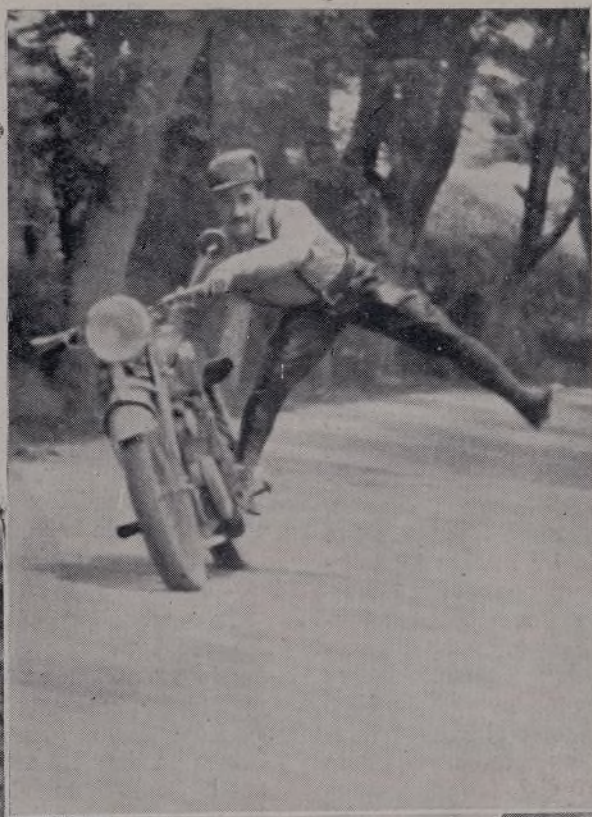
Ya con esto hemos encauzado el problema. En artículos sucesivos estudiaremos los elementos de la victoria.

14 de mayo de 1937.

J. GISBERT.

ENLACES DE

LA VICTORIA



La labor abnegada y eficaz, de estos correos de la muerte, que son los enlaces de guerra, no será nunca bien elogiada. Anónimamente, llevan en sus manos y en su corazón, los hilillos del triunfo. El éxito en litigio, la situación crítica, tiene en estos valedores, su más alta cotización. Entre esa plegada de valerosos soldados de vanguardia existe un archivo de héroes, que la historia sabrá matizar con la pátina de su depuración, inscribiendo en sus páginas los nombres destacados de esos enlaces anónimos, fruto de coordinación y de triunfos.

pueblo realizan estos denodados soldados, llevando en sus alas invisibles, la fe en el porvenir cercano. Seguros de sí mismo, tenaces en la arriesgada empresa, que es el orden del día de su éxito, marchan animosos, tras el motor de su estímulo a cumplimentar la orden superior recibida y de entre ellos, destaca este compañero, todo dinamismo y velocidad, el camarada Ricardo, eje de este equipo de motoristas especializados, alma y vida del mando, ágil y dominador que no tiene inconveniente en probar sus dotes de conductor, realizando



Este equipo de motoristas pertenecientes a la 14.ª División, es una prueba clara y elocuente de la profunda y meritoria labor que en pro de la victoria de las armas del

inverosímiles ejercicios de estabilidad. El arte no puede estar reñido con la obligación; y en la práctica diaria de sus misiones especiales.

Imprenta de MILICIAS CONFEDERALES